



La manzana mordida **Breve nota para** ***Treinta y dos,*** **de Ana Mohaded¹**

Diego Tatián

T*reinta y dos* es un documental en clave de no ficción realizado a lo largo de seis años, en el que se componen fragmentos de vida de militantes populares que estuvieron detenidos en la UP1 y en la D2, y que fueron asesinados en 1976. Un rompecabezas que sus familiares, amigos, compañeros construyen de a retazos, rescatando características, ocupaciones, proyectos políticos, ideales que confluyen en un retrato de los años 70.

Con esas palabras describe Ana Mohaded este trabajo cinematográfico, que debió confrontarse con este dilema ético, estético y político:

“¿Se puede hablar de la muerte sin hablar de la vida? El trabajo trataba de personas que habían sido asesinadas, pero es por motivo de sus vidas que aparece esa muerte, y la forma que adquiere su presencia. Es por la vida que esas vidas portaban, que había que hacer referencia a la muerte. Es en esas vidas que se inscribe la muerte. Y es en las vidas donde hay una denuncia y un rechazo a la muerte”.

Y que también debió confrontarse a una dificultad que podría-mos llamar técnica:

“*Treinta y dos* es un relato que tiene apenas 80 minutos, organizados en una banda de imagen y una de sonidos, es un producto de imagen bidimensional y que afecta a solamente dos sentidos. El gran desafío es que en ese esquema estrecho, pequeñito y fragmentado se conserve algo de la complejidad de la vida, que mantenga la singularidad que le fue asignada para entrar en el espectro de ese relato, que sustente en algún sentido la razón de lo que incluye y lo que excluye. Que sustente el rastro, la estela de mundo, que no pierda la genética de los relatos, su conexión con la red de la que fue arrancada”.

¹ Texto publicado en el número 26 de la revista *Deodoro*, 12/2012, Córdoba.

Más allá –o más acá– de las palabras, suele admitir el habla cierto tipo de significados encriptados en letras y en números cuya comprensión presumimos que es acotada a una generación y se perderá con los años; será diluida por el tiempo dejando sólo un ininteligible resto gráfico en tanto su referente (y los vocablos que esas iniciales y esos números buscan resumir) se habrá perdido para siempre. UP1, D2. Siglas que significan con independencia de las palabras que esas letras y números inician –al punto que muchos, aunque comprendan perfectamente bien su sentido, no serían capaces de explicitar los términos que escamotean o comprimen. La sigla, en este caso, no únicamente busca “ahorrar un espacio en la escritura”, según marca el diccionario en su definición, sino que también envuelve un pudor y una dificultad para nombrar.

UP1, D2, 32. Conjuntadas de este modo, estas tres unidades de lenguaje presentan un enigma complejo que la última busca descifrar, pues el dolor se potencia bajo la condición de enigma y por ello es que procura emerger en el lenguaje, acceder a una formulación que lo enuncie, lo vuelva común y, de ser posible, le confiera un sentido. Quizá sea esa la textura mítica de la lengua que Isak Dinesen resumía al escribir que “todas las penas pueden ser soportadas a condición de hacer con ellas una historia [o ponerlas en un relato]”. O bien decirlo al revés: las penas que no encuentran su relato serán simplemente insoportables, vagarán errantes por la intimidad de las casas, mantendrán solitarias a las muchedumbres, recorrerán las calles y las plazas dejando su diario desquicio.

En *Treinta y dos* la cámara de Ana Mohaded registra gente que habla y balbucea cosas que las breves treinta y dos vidas asesinadas durante los 70 en distintos lugares de Córdoba dejaron impresas en voluntarias e involuntarias memorias de amigos, de hermanos, de hijos, de madres aún –para siempre– en duelo. “Dicen que era alto y que me le parezco”; “Cantaba *Barco quieto*”; “Le gustaba jugar al fútbol y tomar sol”; “Era una persona a la que con las chicas le iba muy bien”; “Participó en competencias deportivas”; “Era muy buen bailarín”; “Dormía con una gata a los pies de la cama”; “Lo quería todo el mundo, tenía muchos amigos, era muy alegre” –esto último se repite una y otra vez como si fuera el epitafio común en el que caben las treinta y dos singularidades objeto de este trabajo documental.

La mamá de Liliana Felisa Páez se corta, junta fuerza, y logra decir la frase en dos tiempos: “Menéndez, la puta madre que lo parió”. Esto y otras cosas como estas dicen las personas que hablan.

La trama que surge de conjuntar todos estos restos dejados en el mundo –la memoria, a fin de cuentas, es una parte del mundo– por treinta y dos personas que estuvieron un tiempo más o menos largo en la Unidad Penitenciaria n° 1 (UP1) o en la División de Informaciones de la Policía de Córdoba (D2) antes de ser asesinadas; la mención de sus oficios y de sus trabajos; la mirada tristísima de Miguel Ángel Ceballos captada por una fotografía familiar; los certificados de muerte interpuestos entre las secuencias, urden un relato oral y visual que no es sólo testimonio de los “hechos”, sino aún de algo más precioso: 32 vidas en 80 minutos durante 6 años.

Algo más precioso también, respecto de la responsabilidad que nos es legada: un registro de humanidad concreta y una interrogación por la vida dañada en la que nos hallamos quienes somos los contemporáneos de esas muertes.

Y nos recuerda, esa trama, que como generación vivimos entre una manzana mordida por personas que serían asesinadas debido a ello –¿es la misma manzana de siempre, desde que hay historia?, ¿el mismo, también, el apetito, que se regenera una y otra vez?, ¿pueden, quienes han experimentado su sabor, olvidarlo?– y una “mirada que nos mira”. Estamos siendo mirados. Este documental, este documento, sabe que es así y que es esa la desembocadura de todo. Los actores y el decorado del inicio y la danza final que restituye los oficios terrestres después de la tragedia, acuñan una tranquilidad nueva, la alegría cansada y plena de quien ha logrado, por fin, reponerse de un mal.

Creo percibir en *Treinta y dos* un registro diferente de lo que había: el sentimiento colectivo de una vergüenza menos y una libertad más; un paso más allá de la exigencia de “Juicio y Castigo” –tal vez porque esa exigencia lograba por fin prosperar debido a una conjunción de muchas buenas cosas–, hacia un lugar en el que comenzamos una *reconciliación* con esa mirada que nos mira –única reconciliación importante de lograr en toda esta historia. *Treinta y dos* de Ana Mohaded, entre otras tantas cosas que es posible encontrar en su ruta estética y política, no sólo salva treinta y dos vidas malogradas

de su irremisible pérdida por la injuria del tiempo. Imagina, sobre todo, cómo estamos siendo vistos, adopta el lugar de la “mirada que nos mira”, lo observa todo con los ojos de los que ya no ven. Ocupa por un momento la visión de una espectralidad, la de los muertos, que de manera reconocida o desconocida interviene siempre en las sociedades –por ello mismo jamás reducidas a los que están vivos.

El laborioso y amoroso trabajo de Ana Mohaded despeja aquí el lugar de esa ausencia que incesantemente produce efectos, incomprensibles a menos que seamos capaces de una lucidez por relación a ella; de una hospitalidad con la mirada del otro que disloca el orden de lo sensible, conmueve la inmediatez del tiempo, se interroga por el vínculo de lo visible y lo invisible (también al revés), conserva irresuelto y abierto para siempre lo que depara esa visita de los muertos a los vivos –origen de las religiones– que explica tantas cosas en las rutinas de los seres humanos, pues –los versos de Antonio Machado lo dicen más breve y exactamente–: “el ojo que tú ves no es ojo porque tú lo veas, es ojo porque él te ve”.